



APOLO, EL BRILLANTE SANADOR

Por Norma Novoa

“Los ojos de la luz ven una sola cosa; pueden ver la Verdad cuando danza en el enorme teatro del universo, y su danza es la Compasión Amorosa. Eso es lo que ven los ojos de la luz, y cuando lloran emocionados, es porque ven el despertar de esa misma Verdad en el corazón de los seres humanos”

Ada Albrecht

Estas palabras de nuestra Madre, dan una clara visión del espíritu del Señor de luz, Apolo. El dios de la divina distancia, que protege todo desde lo alto de los cielos, siendo siempre identificado con la luz del sol y con la Verdad. Para Plotino, su nombre significa la negación de la pluralidad: “*no muchos*”, y agrega que para los pitagóricos significa *lo Uno*, ya que Pitágoras identifica a la Mónada con él. Platón relaciona su nombre con “*redimir y purificar*”. Muchos poetas antiguos, lo llaman *Febo*. Según éstos, *Phoibos* (Febo) significa “*Puro*” y

“*Sacro*”, y se suele usar la misma palabra para caracterizar a los rayos del sol. Febo, cuando se quiere mencionar a Apolo, se traduce directamente como “*El Puro*”.

Apolo, “*Sin polos*”, sin dualidad, “*el Único*”, es Divinidad de la luz y de la claridad. Parece paradójico, pero el dador de la luz del sol ha nacido de Leto, la diosa de la noche, cuyo nombre es asociado con el olvido; el Señor del Claro Conocimiento, nace de la Señora del olvido. Tal vez este hecho confirma que la oscuridad y el olvido, buscan la luz del recuerdo de la Verdad.

Señor que cura

Él es el purificador, y como tal, es el curador. Limpia los caminos de todo mal y hace a los hombres conscientes de sus faltas. Las impurezas acarrearán efectos que no sólo ponen en peligro la naturaleza física, sino que pueden perturbar el alma. Su arte de curar abarca, fundamentalmente, la capacidad de evitar los peligros de los vicios y de ese modo, nos entrega la mayor de las riquezas: la libertad del Espíritu.

“... Dios de la salud, manantial fecundante de la riqueza. De ti reciben los campos la pródiga fertilidad. Tú que velas a través del éter inmensurable, en todo lugar de esta terrestre esfera derrama, pródiga y venturosa, bajo la oscura noche silenciosa, tu penetrante vista. Que más allá de las profundas tinieblas

consteladas están las perennes raíces que Tú hondamente fijas...” (Himno Órfico)

Señor del Conocimiento

Este divino Ser, es el punto medio, la proporción y el engrandecimiento de la virtud. Ideal de la moderación y la justa medida. Ciertamente, las dos condiciones necesarias para la vida son: medirse prudentemente y gozar convenientemente. La cuestión está en saber cuándo es el turno de una y cuándo el de la otra, y es precisamente Apolo, quien representa la serenidad, la claridad, la medida y la inteligencia, también aquello que concibe el ideal humano como sabiduría: el hombre sabio conoce la realidad del mundo con todas sus riquezas y miserias, motivo por el cual, afirma, como nuestra Madre, enérgicamente a la Vida, como por ejemplo, cuando nos dice:

“Vive y conquista, pero vívete como sagrado morador de tu reino interno y conquista, sí, pero que sea a la perfección en el arte de amar inegoístamente, a todas las criaturas que moran en este sagrado mundo del Señor”.

Otro ejemplo materno de esta afirmación lo encontramos en estas palabras:

“Cuando camino por el mundo veo toda la Inteligencia en árboles, frutos, perros, pájaros. Miramos el mundo y descubrimos a Dios en Sus cosas, en Sus hijos. Sabiendo mirar, de

alguna manera nos conectamos con el Señor” (sabias palabras de Mamá).

Además, Apolo expresa un modo de estar en el mundo: es dios de la luminosidad y la armonía, frente al mundo de las fuerzas instintivas. Apolo es purísimo símbolo de la conciencia perfecta, Él es el don invisible que despierta la bondad del corazón, signo de la Verdad.

“... Omnividente de cuanto el cielo abarca. De áureas miradas y fidedignos oráculos, que el Bien nos revelan y puros preceptos. Tu interés se cifra en plasmar modelos humanos...”
(Himno Órfico)

Señor de la Música

Como tal, responde haciendo que toda la naturaleza estalle en una sinfonía de vida. Es el Señor que ajusta los versos a la música. Bienaventuranza y ternura infinita, van centrándose intuitivamente, formando así el universo de la religiosidad apolínea. Palabra y música unidas en un solo ser: Apolo. El dios por el cual, *“en todas partes han sido fijadas las leyes del canto”* (Homero). Enseñan los antiguos sabios que, antes de las formas observables y visibles, los mortales se inclinaron a las formas audibles, el universo está hecho con armoniosa medida, y es precisamente esta medida, la que expresa la música con sus intervalos y con su ritmo, y es Apolo el encargado de

colmar al mundo con melodías encantadoras. Los sonidos de la naturaleza son las flechas que dispara su certero arco.

Al decir de los pitagóricos, todo es música y todo danza armoniosamente, generando una emoción, que es equilibrio completo en la unidad de los movimientos, que es elevada, precisamente, en la armonía del ser, de la alegría, y al mismo tiempo compañera invisible de toda la naturaleza. Pitágoras, fiel devoto de Apolo, enseña que el Universo es un maravilloso concierto de movimientos vibratorios. Este magno concierto divino, es musical por su ley de armonía. La música, no es sino la manifestación o expresión de esa armonía universal en el campo de los sonidos. El ritmo, que es el orden del movimiento, es la condición que rige a todo ese gran cúmulo de vibraciones universales. Esta armonía y este ritmo, conforman lo apolíneo, esa sabiduría misteriosa, que por cualquier medio que fuera comunicada, siempre está relacionada a la elevación del espíritu, a la poesía y la música. En Apolo toda la naturaleza aparece como ser musical. Su música llena todo el espacio, *“se oye hasta en los últimos confines haciendo que todo florezca”* (Himno Órfico). De la música de Apolo, suena una melodía clara y suave. Con él se manifiesta la fidedigna sabiduría.

“¡Oh Apolo!, Tú eres el divino origen y el fin de todo cuanto existe. Tú inspiras toda la música de la Naturaleza con la multisonante y armoniosa lira.” (Himno Órfico)

Señor de la Luz

El mundo antiguo, presenta a Helios, como el astro Sol y Apolo como la brillante luz del Sol. Como lo expresa el Himno Órfico:

“Arquero que lanzas flechas, rey esplendente, cuya mirada brillante distribuye la luz a los hombres.”

Su arco y sus flechas, son los rayos materializados de su luz; la lira, la armonía de los cielos; y el escudo que lo acompaña, la protección que otorga a los hombres. Cuentan los antiguos, que la flecha suave y certera, lanzada por Apolo, sumerge, a quien alcanza, en la armonía, el orden, la sabiduría y la poesía.

Filósofos como Pitágoras y Platón, nos muestran a Apolo como el dios que logra encender la luz interior, partiendo de la célebre frase inscripta en su templo de Delfos:

“Te advierto, quien quiera que fueres, Oh! Tú que deseas sondear los arcanos de la Naturaleza, que si no hallas dentro de ti mismo, aquello que buscas, tampoco podrás hallarlo fuera. Si tú ignoras las excelencias de tu propia casa, ¿Cómo pretendes encontrar otras excelencias? En ti se halla oculto el tesoro de los tesoros. Oh! Hombre, concómete a ti mismo y conocerás al Universo y a los Dioses.”

En otra inscripción dice: *“llega a ser quien eres”*. Así saluda Apolo a los que llegan a su templo. Esto realza la importancia

que tiene este dios como símbolo de la conciencia. Cuenta una leyenda que, los famosos siete sabios de la Antigua Grecia, habían sido elegidos por Apolo mismo, y fueron ellos, quienes inscribieron estas máximas en Delfos. La sabiduría de estos hombres se corresponde cumplidamente al carácter del dios délfico. No sorprende entonces que Pitágoras y Platón adoraran a Apolo, ya que el profundo sentido de la Filosofía, el amor por la Sabiduría Divina, está ligado a este proceso de adquirir conciencia con el fin de reconectarnos con eso que Platón llama *“las realidades eternas”*.

Más allá de todo lo dicho, más allá de todos los simbolismos o representaciones y nombres que utilicemos, hay algo inexpresable, que toca a todos, sean sabios o ignorantes, una fuerza que nos hace creer, que despierta alegría y alimenta la fe, un ser a quien todos llamamos, simplemente: Sol, no hay posibilidad de vida sin Él, manifestación perfecta de Dios. Nuestra Madre, expresa maravillosamente este sentimiento:

“Se puede decir que todo el universo nos abraza con ternura infinita a través de las humildes maravillas que diariamente nos ofrece la vida. El viento desabrocha los pétalos de las rosas para que al expandirse su perfume, nuestro corazón se sienta acariciado por su aroma. Cae la luz del Sol desde su fuente esplendorosa y tan sutilmente se vierte sobre nuestras cabezas

que son como coronas hechas con los besos de gracia de este Rey maravilloso, y esta es gloria que tan poco vemos.”

Ada Albrecht

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
